



DOKUSAN - Cara a cara con la verdad

La Vía del Zen no es un camino con una meta final externa que cuando se alcanza uno se detiene, sino más bien una dinámica de realización que te mantiene siempre en marcha hacia ti mismo. En ese camino hacia el propio corazón, el practicante se deja acompañar y guiar por el maestro, el cual detendrá la marcha de vez en cuando y querrá supervisar el recorrido. Esta supervisión se lleva a cabo en forma de una entrevista personal que coloca al maestro y al discípulo a solas y cara a cara. El término japonés para nombrar esta entrevista es "Dokusan" y se suele traducir como "acudir ante el maestro" aunque literalmente podría traducirse como "presentarse en soledad ante lo profundo y verdadero".

El dokusan es un encuentro sincero, íntimo y directo, frecuentemente encuadrado dentro de la experiencia del sesshin (retiro zen con carácter intensivo). Esto genera a menudo una gran expectativa y confusión, lo cual provoca que el practicante muchas veces no sepa muy bien qué hacer cuando el maestro le mira fijamente. Por eso, antes de nada, quizás es también importante saber qué no es un Dokusan.

La entrevista con el maestro nunca es un examen, no hay que ver al maestro zen como a un profesor que aprueba o suspende, ni como a un jefe al que hay que complacer o como a alguien a quien hay que sorprender o agradar. El dokusan tampoco es una confesión para arrepentirnos de nuestros pecados, tampoco una oportunidad para recibir un don mágico, ni una ocasión para deleitarse en la presencia de un ser resplandeciente.

En el dokusan no hay que tratar al maestro como si fuera un solucionador de problemas o un consejero, no hay que contarle las batallas personales ni tratarle como si fuera un contenedor de basura en el que desahogamos nuestro escombros biográfico, nuestros éxitos o fracasos individuales, nuestras quejas y lamentos, ni siquiera los relacionados con la sangha, el sesshin o el monasterio. Un maestro zen no es un libro de reclamaciones y el dokusan no es un buzón de sugerencias. El maestro no me espera en el pódium de ganadores para ponerme una medalla zen. Y no puede remolcar mi alma hasta la otra orilla, ni mucho menos puede remar por mí.

El dokusan es simplemente un encuentro directo a modo de chequeo en donde el maestro toma el pulso al alumno y valora su maduración espiritual. Es como una cata del espíritu. Si el Zen fuera una bodega, en el dokusan el maestro y yo nos sentamos, pero no para charlar de vinos. Allí yo soy el vino y el maestro es el catador. Y me cata, tanteando la hondura de mi experiencia del despertar.

En el dokusan el dedo del maestro no señala a la luna, esta vez me señala a mí, a mi práctica, mi zazen, mi koan, mi corazón. Así que yo me miro a mí mismo directamente y me muestro. Muestro mi práctica, mi zazen, mi koan, mi corazón.

El dokusan es un espacio de claridad en donde dos seres humanos, ambos comprometidos firmemente con el despertar, ambos practicantes de la Vía aunque con roles diferentes, asumen su responsabilidad con la maduración y se esmeran en su tarea. El discípulo se esmera en querer avanzar, en dejarse ayudar, en ser honesto, en ahondar sin miedo. El maestro se esmera en poner retos, en abrir caminos, en ser directo, en decapitar el miedo. Así el dokusan es como una pira ardiente a donde uno se acerca. Y se acerca porque algo ya le quema por dentro. Obviamente, el maestro no apaga el fuego, pues su función no es la de bombero, sino más bien justo la contraria: el maestro es como un pirómano del alma zen que con suma sabiduría y compasión sabe cómo avivar el fuego.

El encuentro del practicante con el maestro es un encuentro de amantes, pero no de amantes que se buscan y anhelan mutuamente, sino de amantes de la verdad que buscan y anhelan juntos la verdad. Es la verdad del Dharma lo que les convoca y es en el océano de la verdad en donde ambos se sumergen, volviéndose claridad y resonancia, guiño silencioso, abrazo de lo intangible. No es momento de conocimiento sino de re-conocimiento. En el Zen la sintonía entre los caminantes no es un regodeo intelectual sino una experiencia de corazón a corazón.

El dokusan es el camerino interior en donde yo me desnudo y el maestro es el espejo, un espejo con un impecable y profundo reflejo, gracias al cual yo me veo a mí mismo claramente, con mis obstáculos, mis descubrimientos, mis limitaciones y mi inmensidad. El maestro ante mí no es el oráculo. No es tiempo de hipótesis y especulaciones, es tiempo de simplicidad y transparencia. Una experiencia de intimidad y de franqueza, sin rodeos ni escondites, con lo más real de mí mismo viéndome nítidamente reflejado en el espejo humano del gran legado del Zen.

Frente a este espejo infinito e inaprensible, originado desde tiempos inmemoriales por la sabiduría y compasión, me miro adentro, tan adentro que me atravieso y me parto en mil pedazos. Mil pedazos que son todos el mismo espejo, un espejo inexistente cuyos pedazos reflejan todos el mismo Buddha, el mismo alumno, el mismo maestro, el mismo ser humano, unidos todos en un despertar universal que siempre ocurre en este instante, que nunca tuvo principio y que por lo tanto nunca tiene final.